

MEDITA CONMIGO

Os ruego, pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer. (1 Cor 1:10)

A todas luces la estrategia de dividir para vencer hizo su aparición en el Edén; mediante el engaño la serpiente antigua rompió la unidad del hombre con su Creador, dicho de otro modo, la comunión del Padre con sus hijos quedó interrumpida; aparentemente el enemigo había vencido, pero es en este momento que hizo también su aparición la gracia de Dios; sin nada a cambio Dios provee al hombre el camino para restaurar la comunión perdida, derramando sangre inocente (Gen 3:21), prefijando de este modo su venida a este mundo mediante el Cristo, el Cordero de Dios (Jn 1:29), quien consumó el pago eterno para la salvación de toda la humanidad (Jn 19:30), salvación que se hace efectiva en todo aquel que devuelve a Dios lo que una vez en Adán le quitó: La fe (Jn 3:16-18); sólo que esa salvación fue sujeta a esperanza (Rom 8:23-24), es decir, que el creyente tiene que seguir lidiando con los enemigos de Dios (Ef 6:12), en tanto que su naturaleza física sea redimida en el día que Jesús regrese por los suyos (1 Cor 15:51-52) para regir todos los reinos de este mundo. Mientras tanto, el enemigo de Dios continúa con su vieja estrategia: Dividir, y a nadie exenta en su intento, generando diversos modos para hacer que los hombres sigan cautivos, alejados de Dios, incitándoles a poner su fe en lo que no es Dios, y a los creyentes a continuar viviendo como hombres (1 Cor 3:3) haciendo que interrumpan su comunión con sus hermanos en la fe, porque sabe bien que su unidad es el potente testimonio que llama a los hombres a creer que Jesús es el enviado de Dios (Jn 17:21-23). Su sutil estrategia desde los tempranos días de la iglesia fue empujarlos a poner su vista en los hombres que les guiaban, para hacer partido con uno o con otro, quizás atraídos por sus estilos o personalidad (1 Cor 1:12-13), o lo que ellos interpretaban como sus puntos de vista doctrinales; así, poco a poco, hasta llegar a nuestros días, vemos cómo se generó el denominacionalismo, siempre a la sombra de hombres destacados, cuyas particulares interpretaciones escriturales atrajeron y siguen atrayendo adeptos, llegando aún a la aparición de facciones sectarias que pretenden cobijarse en las Escrituras, cada una de las cuales, asumiendo tener la sana doctrina, dan lugar inevitablemente al trazo de líneas divisorias; como si esto fuera poco hasta el estatus económico o profesional ha generado también congregaciones muy diferenciadas; pero el colmo es que en el presente las ideologías políticas están minando el modo de pensar de los cristianos, hasta el punto de hacerles poner sus esperanzas en la capacidad de los políticos para que las cosas cambien o mejoren, lo cual también traza secretas líneas divisorias, que se hacen visibles en las conversaciones de cristianos partidistas, que hoy en día abundan. Es obvio que la exhortación de Pablo no pretende que los creyentes piensen como robots programados, sino que, en medio de su diversidad de pensamiento, no olviden que Cristo no está dividido, y por lo mismo procuren apoyar de su entorno religioso o político sólo lo que no contravenga Su carácter. Como ya fue citado por aquel gran predicador: *En lo esencial, unidad; en lo no esencial, libertad, en todas las cosas, amor.*

¿Cuál sería la expresión de Pablo si hoy estuviera entre nosotros? Sin duda de asombro, sin dejar de hacer el mismo énfasis que hizo a aquellos primeros creyentes: *No haya entre ustedes divisiones, sino estén **perfectamente** unidos, en una misma mente y un mismo parecer.* Notemos cómo él usa la misma palabra que Jesús usó en su oración, no sólo por sus discípulos, sino también por nosotros: *Para que sean perfectos en unidad...* (Jn 17:21-23). No faltará quien arguya que el apóstol lo dijo sólo refiriéndose al evento que se dio en particular entre los corintios; quien lo haga está pasando por alto que el Espíritu Santo no ha cambiado, y que su exhortación sigue vigente para nuestros días. Es tiempo de despertar, y no permitir que la fuerza unificadora de la cruz de Cristo palidezca ante el embate de las maquinaciones del enemigo (2 Cor 2:11), no permitamos que la corriente de este mundo nos arrastre con sus ofertas ideológicas; prestémonos a que la oración de Jesús tenga cumplimiento a través nuestro: **para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste.** (Jn 17:21).

Tu hermano el predicador

Fernando H. Nava